

N. 1.º

21 de Agosto 1845.

Año 1.º

Sale todos los Jueves por la mañana.

TRES rs. cuatro números y tres y medio fuera de la isla.

EL CONCIERTO.

Se suscribe en la Librería de Rullan, hermanos, plaza de Cort, en donde se halla la Redaccion.

SEMANARIO DE LITERATURA

DEDICADO AL BELLO SECSO,

escrito por una bandada de aprendices de poeta.

¡Tres reales al mes!!

Con que tres reales al mes? — Sí, cuatro sueldos y medio mallorquines, ¿qué te parece?—Ya, pero...—No hay peros que valgan, debes suscribirte, ó si nó vas á pasar entre nosotros en vez de amigo, por mezquino, por ruin y cicatero.—Que hay que hacer? me resigno, y me suscribiré. — Pues no que no, y quien será el miserable que por 27 cuartos mensuales no quiera disfrutar todos los juéves un pliego, es decir, ocho páginas, mas claro, diez y seis columnas de grata, curiosa, amena y divertida lectura? — Nadie. Hasta el bello secso, aquellas hermosas cuyos rendidos amadores no hayan tenido la bondad, la ocurrencia, la política, el deber en fin de gastar por ellas tres realejos cada

treinta dias por cuatro números de nuestro periódico, no les faltaran efugios para recojer tan mezquina cantidad. Con que digan á sus mamás que se les ha roto el abanico, ó la peineta; que necesitan cinta ó alfileres; que se les ha extraviado el ovillo de la seda; tienen al momento el importe de uno ó dos meses. Y pues si el bello secso se vale de estas artimañas, con cuanta mas razon, con cuanta mas facilidad no podeis hacerlo vosotros que componeis el otro secso, es decir el no bello, el masculino, el secso barbas. En privandoos de ir una noche al teatro, ó que en vez de refrescar tomando un vaso de sorbete le sustituyais con uno de la rica *orchata* de chufas; teneis tambien bastante para no quedar en menos, con esas beldades que van á... sacrificarse por suscribirse á el *Concierto*.



Aquí llegaba de mis razones, cuando mi amigo dándose por convencido, no solo ofreció suscribirse, si que también atraería á varios conocidos suyos, confesando, no sé si á su pesar, que era muy barato eso de 3 rs. al mes ó sea, menos de un cuarto cada día.

J. M. V.

LETRILLA.

*Fabio, el mundo es muy maligno
Y aquel que siembra verdades
Solo recoje enemigos.*

Si ves una niña hermosa
Que roba los corazones
Con sus mejillas de rosa,
Y que enciende las pasiones
Con su mirada amorosa;
No la digas veleidosa
Aunque falaz é inconstante
Cual voluble mariposa,
Se burle del tierno amante,
Pues serás aborrecido.

*Que aquel que siembra verdades
Solo recoje enemigos.*

Si te suplica algun vate
Que le juzgues un soneto,
Aunque en el primer cuarteto
Encuentres un disparate
Y en el segundo un defecto;

Aunque el último terceto
Tenga versos sin medida,
No le digas por tu vida
Que es malo dicho soneto
Pues le ofenderá tu juicio.
*Que aquel que siembra verdades
Solo recoje enemigos.*

Y si en danza bulliciosa
Tropiezas con una dama
Que fué amable, tierna, hermosa
Segun nos cuenta la fama
Y cinco veces esposa;

Que tu lengua venenosa
No diga que fué lucero
Cuando el rey Carlos tercero
Hizo á España venturosa,
Pues te llamará atrevido.
*Que aquel que siembra verdades
Solo recoje enemigos.*

Aunque escuches á Pedancio
Despreciar la gerarquía
Llamando necia manía
La de ostentar nombre rancio;
Si le hallas en compañía
Del marques del Eipinelo
No le recuerdes que un día
Conocistes á su abuelo
Cuando corchetes vendia
Pues se enojará contigo.
*Que aquel que siembra verdades
Solo recoje enemigos.*

Y si vieres á Fabiana
Cubierta de pedrería
Ostentando noche y día
Su apostura tan galana,
Aunque te conste que humana
Da por joyeles favores,
No has de decir que es liviana
Pues mil tiernos amadores
Te desmentirán con brio.
*Que aquel que siembra verdades
Solo recoje enemigos.*

Fabio, tú que á troche y moche
Te has empeñado en sembrar
Verdades, debes tomar,
El consejo que esta noche
Te ha querido un jóven dar.

Debes meditar que el mundo
Es en estremo maligno,
Y que el que siembra verdades
Solo recoje enemigos.

C. J.

Recuerdos.

EL CASTILLO DEL REY.

(Pollensa, en la isla de Mallorca.)

A unas dos leguas ó algo menos de la villa de Pollensa, al N. de la misma y sobre un picacho elevadísimo cuya falda besa el mar, hállase situado el antiguo, é inespugnable Castillo llamado vulgarmente del Rey. La vista que desde lejos ofrecen las ruinas de esta fortaleza es bella, y pintoresca: en efecto construida como está sobre un peñasco de tanta altura, componiéndose parte de sus murallas de reca negruzca y rogiza, cortada oblicuamente sobre el abismo por una parte y sobre una pendiente rápida y escabrosísima por la otra, y revestidos de una capa de musgo y hierbas los restos agrietados de algunas paredes que aun se mantienen erguidas; su aspecto ha de ser por fuerza delicioso al viagero en aquella soledad donde tan solo se ven peñascos y montes escarpados, que al parecer competen en ver quien levantará mas alta su cresta.

Entrase en el castillo por una puerta construida hácia el S. que da á un pequeño espacio cercado de rocas por todas partes y dominado por una, de los muros del castillo: á mano derecha se encuentra una escalera tortuosa abierta en la peña y que pasando por enci-

ma de la primera puerta va á dar á otra defendida igualmente por su muralla coronada de gruesos y cubicos merlones, y de una gran saetera colocada encima de aquella. Pasada esta segunda puerta mucho mas antigua que la primera como lo indican la rotura y lo gastado de sus denegridos sillares, y despues de haber subido otra corta escalera cubierta de una bóveda medio desmoronada, hallase ya uno en la cumbre del peñasco cuya estension y superficie es bastante vasta y desigual. Lo primero que se ofrece á la vista del curioso es un salon aislado casi en la parte central cuadrilongo y de bóveda ojiva, cuyo largo será de unos 20 pasos y cuyo ancho de unos 12, derruido en uno de sus ángulos y justamente hácia la parte en que habia un caracol que conducia á un terrado ó plataforma que hay en su parte superior bastante bien conservado, á lo que verse puede y eñido su antepecho de algunos merlones de la misma naturaleza que los ya descritos. Lo demas que aun resta en pie, y que llama la atencion del observador, es un aljibe bastante espacioso, que un tabique divide en dos partes iguales, que despues de tantos siglos conserva aun bastante union en sus junturas para retener el agua, y un saloncito pequeño cubierto de una bóveda muy baja, el cual dicen que en otro tiempo era la capilla de la fortaleza, aunque esta opinion es infundada á mi parecer, porque mas bien creo se hallaria en el salon cuadrilongo que ya hemos descrito en atencion á ser mucho mas grande y espacioso, y hallarse en uno de sus arcos una argolla de hierro que la tradicion cuenta que servia para ahorcar los moros prisioneros, y que yo mas bien creo

serviria para sostener alguna araña ó lámpara de la Iglesia.

Estos son los únicos restos que se conservan de un castillo que en otro tiempo debió de ser muy vasto y capaz como lo indican las ruínas y cimientos de murallas y paredes de que está surcada la superficie del peñasco en todas direcciones, y que empiezan ya á desaparecer bajo la espesa sábana de musgo, palmitos, y otra especie de arbusto que los naturales llaman *rotaboll*.

¡Cuántas ideas se agolparon á mi imaginación en una tarde de julio, en que por primera vez fuí á visitar este monumento de la antigüedad! sentado como estaba sobre la plataforma de una torrecilla medio arruinada teniendo á mis pies un precipicio de mas de 300 varas erizado de rocas contra las cuales se estrellaba el mar tempestuoso, cuyo ronco bramido apenas llegaba á mi oído, veía pasar y volver á pasar incesantemente las nubes que acababan de formarse á mi derecha y que las frias rafagas del viento arrastraban hácia el mar: entonces me figuré ser el Destino sentado sobre el viejo Caos comtemplando silencioso como aparecian y desaparecian rápida y sucesivamente de mi vista las generaciones arrastradas por la fatalidad, á la muerte, al olvido, á la eternidad. Otras veces dirigiéndome á las solitarias ruínas del castillo, les preguntaba en que tiempo habian nacido, quien habia sido su constructor, su arquitecto y por mandato de quien habia sido levantado, —mudas, silenciosas, nada me contestaban porque tal vez no lo sabian!... Las generaciones que lo vieron levantarse

ufano sobre aquel abismo y cernerse sobre el mar como el águila pescadora sobre su presa, habian desaparecido, se habian hundido en la eternidad, y confundido el polvo de sus huesos con el de la tierra que les habia dado origen, como las nubes iban desapareciendo y mezclando sus vapores con las aguas de la mar, del cual habian salido.....

Levantéme por fin y cuando iba á marcharme despues de haber arrojado varios pedruscos que se desmenuzaron con estrépito antes de llegar al suelo, por el violento choque que experimentaron al encontrarse con las rocas que acá y acullá sobresalian del plano inclinado de la montaña; al ir á abandonar aquellos lugares repito, reparé un fenómeno bastante estraordinario y que examinado con alguna detencion no ofrece particularidad ninguna para el que haya saludado las ciencias físicas. El sol estaba en su ocaso y solo le faltaban algunas líneas para hundirse en el mediterraneo; en este instante una densa niebla se levantó hácia el oriente de la montaña y mientras yo con dos mas de mis compañeros estabamos contemplando sus vapores blancos y roquizes, reparamos con admiración una línea redonda, enteramente circular con los colores del Iris trazada la niebla y en su centro tres figuras humanas de desmesurada altura que reproducian con una ecsactitud admirable todos los movimientos que haciamos con los brazos ó pies. De repente desapareció: aguardamos un instante no dudando volveria á aparecer como sucedió, repitiéndose el mismo fenómeno 4 ó 5 veces con mayor ó menor viveza segun la mayor ó menor densidad de la niebla sobre la cual se estampaba.

Imposible es describir el cúmulo de ideas, y estrañas sensaciones que vinieron á herir mi imaginacion todo el tiempo que permanecí en el Castillo del Rey; y el efecto que causó en mi ánimo la vista del paisaje agreste ó por mejor decir salvaje que desde su cumbre se divisa. Por el N. el mar en efervescencia confundiendo la estension verdinegra de sus aguas con el firmamento; por el S. algunas pequeñas llanuras ó mesetas en parte cultivadas: por el E. el cabo de Formentor con su variedad de calas y penínsulas y con sus escarpados picachos dorados por los últimos rayos del sol poniente: y por el O. los altos montes de Lluch y Ternellas cubiertos de nubes y coronados de vapores blanquecinos y brillantes como la nieve, destacándose sobre un cielo parduzco y tempestuoso.

El silencio que reinaba en aquellos contornos no era interrumpido mas que á veces por el arrullo de alguna paloma torcaz posada en su nido junto á sus hijuelos, ó por el estridor que producian las alas de los cuervos que pasaban por cima de mi cabeza anunciando la tempestad. En aquel instante no pude menos de esclamar ¡oh naturaleza cuán hermosa y variada eres! cuán magníficos y sublimes son tus cuadros y escenas! y cuán al vivo retratas la inmensidad y poder de tu Criador!...

S. FONT.

La acreditada Sociedad Literaria de Madrid bajo la direccion de don Wenceslao Ayguals de Izco, sigue publicando con estrepitosa acogida el saleroso Fandango y el ameno y variado Domine Lu-

cas; ambas publicaciones son dignas de ser leídas por su lenguaje castizo y puro y por la originalidad que las distingue, así como aconteció con la difunta Risa, de la cual tomamos el siguiente artículo.

ECSIGENCIAS.

Vive Dios, señor director del periódico la *Risa*, que me ha puesto V. en un compromiso del cual creo que no voy á salir á pesar de los mil esfuerzos que estoy haciendo hace algunos dias. ¿Con que, nada menos ecsige V. sino que escriba un artículo que cause risa al que lo lea? pues ¿no concibe V. que en el mero hecho de conocer el lector que uno se lo propone, basta para que se ponga en guardia y se mantenga sério aun cuando salpiquemos de chistes las columnas de nuestro semanario? Además, V. me impone condiciones que hacen imposible el que pueda salir airoso de mi empeño: V. no quiere que mezcle la política en mis escritos, y esto es cortarme las uñas, porque la política de España ofrece á cada paso materia para prorumpir en estrepitosas carcajadas; en fin, señor don Wenceslao, ecsigencias tiene V. muy originales; pero ya que hablamos de ecsigencias, voy á referir á V. cierto lance amoroso que pudiera pasar muy bien por un artículo de costumbres. Es el caso que yo soy amigo de galanteos hasta dejarlo de sobra, y como para esto de galantear con alguna ventaja es indispensable tener mucho atrevimiento y ser por demás ecsigente, de aquí resulta que suelo algunas veces rebasar la línea del decoro debido al bello secso.

Andábame paseando la otra noche

por debajo de los balcones de una niña sumamente candorosa, cuando oí entreabrir con mucho tiento una vidriera y toser con cierto misterio. Al pronto sospeché si sería mi amada Pilar, pero no quise aventurarme sin esperar alguna señal, porque doña Facunda, su diabólica madre, que nos andaba incesantemente á los alcances, era capaz de fingirse su hija para hacerme aprocsimar al balcon, desde donde habia jurado bautizarme con un barreño de agua puesta al sereno hacia algunas semanas. Bien pronto se disiparon mis temores, pues asomándose mi hermosa Pilar, me dijo que su mamá acababa de acostarse. Entonces me acerqué con desembarazo y endulzando en lo posible el bronco metal de mi voz, empecé á atacar á la inesperta niña con las siguientes exigencias.

Si sabes ya que te quiero,
si sabes ya que te adoro,
y que ese rostro hechicero
es mi dicha y mi tesoro.
¿Porqué he de estar de planton?
¿Porqué no hemos de estrechar
esta distancia, Pilar,
que hay de la calle al balcon?
Abreme, por Dios, la puerta.
Es tarde, todo está en calma,
ya lo ves, no pasa un alma.
¿Te ries? mi dicha es cierta.
¡Ah! bien haya mi fortuna!
me encajé dentro, y va una.

Tiempo hace, hermosa Pilar,
que anhelaba este momento.
¡Como siento palpar
mi corazon de contento!
No hay hombre al verte tan bella
que tu atractivo resista.

¿Qué veo! ¿aquí tu doncella?
¿Pones testigos de vista?
que, ¿desconfias de mí
cuando tú mi dicha labras?
Pilar, si son para ti
de algun valor mis palabras,
que salga de aquí por Dios.
Quedamos solos: van dos.

¡Cuántas dulces emociones
siento á tu lado, mi bien!
dime si son ilusiones
ó las sientes tu tambien.
Verme á tu lado me ecsalta,
porque tu puerta era un muro,
pero ¡ay! como resalta
sobre ese vestido oscuro
tu blanca mano, Pilar.
¡Oh! mi bien no te sonrias,
porque... ¿te vas á enfadar?
sino la estrecho en las mias
voy á morir á tus pies,
Cogí la mano, y van tres.

Dos cosas en ella admiro
tanto que me tienen loco:
es de nieve si la miro,
es de fuego si la toco.
Pilar, siendo mi embeleso
y tu bondad tan inmensa,
seria hacerte una ofensa
no imprimir en ella un beso.
Que ¿lo vas á rehusar?
Sentiré que desconfies...
Mas ¡qué veo! ¿te sonries?
¿Como lo puedes negar
sabiendo que te idolatro?
Besé la mano, y van cuatro.

En esto abren con estrépito
de par en par una puerta
y asoma doña Facunda
en una sábana envuelta.

Viene con los labios cárdenos,
alborotadas las greñas
y el color de sus megillas
igual al de las acelgas.

— ¡Hija infame! ¡seductor!
yo sabré poner enmienda.

— Señora doña Facunda
usted por poco se altera.

— Don Luis todo lo escuché
y es demasiada vileza
que usted abuse de ese modo
de una joven inespera,
ya comprendo donde irían
á parar tanta exigencia.

— Señora doña Facunda,
eso es una vagatela.

— Don Luis tenía usted trazas
de llegar a una docena.

Pero, cate V. que cuando me retiraba tan ufano se abalanzaron á mi cuatro embozados que habían estado escuchando en un rincón de la sala. — Ahora las pagará V. todas juntas, me dijeron á un tiempo. — Señores ¿qué conspiración es esta? les pregunté medio balbuciente. Pilar es mi hermana, dijo uno. — Pilar es mi prima, repuso otro. — Pilar es mi novia, añadió el tercero. — Pilar es... iba á decir el último. — ¡Silencio! gritó el que capitaneaba aquella turba; señor galán, nosotros estamos resentidos hace mucho tiempo de V., porque V. atentó contra el honor de la que iba yo á llamar mi esposa. Después he sabido las pretensiones que tenía V. con mi hermana y he hecho que le abra á V. la puerta para sorprenderle *in-fraganti*. — Señores, les digo, yo creo que son Vds. caballeros, y en ese caso... — ¡Como! ¿piensa V. qué vamos á admitir un desafío? eso queda para después, pero antes hemos de descar-

gar sobre V. una paliza, que es lo que merece por su infame proceder con las hijas de familia. — ¡Hijo! Antonio! ¿que vais á hacer? exclamó doña Facunda; caballero, salga V. de aquí; yo evitaré que se propasen ¡salga usted! salga usted!

Y sin aguardar razones
resolví tocar tabletas,
pasando de cuatro brincos,
de la sala á la escalera.
Aunque me miré en la calle
libre de aquella tormenta,
creí que los latigazos
sonaban en mis orejas.

Volvi los ojos atónito:

¡ah! exclamé feliz idea!

El *ómnibus* ¡santo Dios!

El *ómnibus* que se acerca.

— ¡Hé! ¡hé! que voy á subir.

— Suba usted. — Una advertencia.

Diga usted, y vamos pronto,
que hay gente que tiene prisa

— Pues, cabalmente, yo quiero
partir como una centella,

pero, si ve V. venir

cuatro embozados, alerta,

porque atentan contra el *ómnibus*

— ¡Como! — Le echarán á tierra.

— Y porqué ese desacato?

— Porque es invención inglesa...

Y, no hablemos mas, cochero,

vamos, vamos, que se acercan.

— Pero, ¿y V. como viene...

— ¿Como que soy de la empresa.

— Perdone V. caballero.

¡Mayorala! ¡Coronela!

— ¡Cochero! agúardese usted...

¡Cochero! — ¡Santa Teresa!

Esclamaban desde adentro

dando voces descompuestas.

— ¿Qué se ofrece? — ¿Qué se ofrece?

que usted falta á la promesa,

que tengo ya á mi muger
sin aliento media muerta.
Mañana hace nueve meses
que su mano...—¡Coronela!

—Asesino, calle usted.

—Ven, ven, bajemos, Quiteria,
Que no hay tiempo! Que no hay tiempo
Pues si llega á nacer muerta
la...—¡Gallardal! ¡San Ramon!

—¿Lo ve V. como se queja?

—Pero...—No hay pero que valga.

Sugete V. esa rienda,
porque quiere mi muger
salir de esta gazapera.

—¿Pues no era antojo el entrar?

—Ahora lo es echarse fuera.

—¿Qué demonio de mugeres!

—¡Si usted estuviera como ella...!

Pero otro poco, otro poco;
ya estoy en la portezuela.

—¡He! cochero ¡voto va!

Por aquel lado se acercan.

¡Somos perdidos!—¡Perdidos!

—Han cortado ya las riendas.

—¿Qué haré, señor empresario?

—¿Qué harás? toear la trompeta

—Pero ¿qué toque?—A degüello,
y que se salve el que pueda.

Dicho y hecho, el cochero que debía
haber servido de trompeta en algun re-
gimiento, empezó á tocar á degüello á
las mil maravillas; pero mis persegui-
dores que vieron frustrado su intento
si proseguia tocando, asestaron tan
fuerte palo al instrumento que fué á
parar á veinte pasos del sitio de la ac-
cion. La embarazada, temiendo sin du-
da que echaran al coche alguna camisa
embreada, se arrojó desde la portezue-
la y fué rodando por el suelo, al arru-
llo de las carcajadas de los unos y de
los gritos y de los saltos de los otros.
Procuraban todos evadirse de aquel di-

ludio de porrazos improvisados á la dé-
bil claridad de la luna. — ¡Este es! —
¡Firme! — ¡Ay! — ¡Ah! pues no es! Y
siempre reconocian su error despues de
haber descargado el golpe sobre alguno.

Estaba yo contemplando aquella es-
cena desde adentro, pero temiendo que
me sacasen arrastrando me resolví á
tirarme del coche y á pasar por aque-
lla carrera de vaquetas. Efectivamente,
salté en medio de la calle y si bien me
alcanzaron algunos latigazos, á poco
rato estaba ya metido en mi casa y
meditando una venganza, que todavía
no he llevado á efecto, pero que estoy
resuelto á consumir en la primera oca-
sion favorable.

Y pues que da V. prisa,
he salido ya del paso;
mas, no dudo que este caso
ha de promover á risa,

Y no porque sea bueno
lo escrito; solo me fundo
en que todo, todo el mundo
se rie del mal ageno.

M. J. DIANA.

EPIGRAMAS.

José diz que instaba á Juana,
mas á lo que era no sé,
y tanto tiempo insistió,
que Juana le contestó:

—¿No has advertido José
que por hoy no tengo gana?

—Caramba!... don Baltasar
que cara!... Causa usted risa!

—Déjame por Dios Luisa
que no me puedo parar.

—Y á qué viene tanta prisa?

—Me aprieta y voy á... fumar.

MARIA DEL PILAR R. Y A.

PALMA. — Imp. de UMBERT.